



-¡Que se vuelva atrás le mando!
-Pero si todo es de broma.....
-No se admite contrabando
cuando se marcha hacia Roma.



BARCELONESAS

LOS GORRONES

En parte alguna hay tanta gente como aquí, gorrón y ridícula, que se meta en todos sitios sin derecho, y aun más en los recintos públicos donde hay reservados para la Prensa.

Los que por obligación hace años que asistimos con el carnet en la mano haciendo información en toda clase de mojigangas más ó menos públicas y nos *divertimos* oyendo toda clase de sandeces dichas en todos los metros y tonos, con grave molestia y detrimento de nuestros oídos y estó-

magos, nos indigna á veces y otras nos regocija el ver á tanta pobre gente de porte decente que se despepita por ocupar nuestros sitios siempre que desde éstos se puede lucir algo ó estar cómodo.

Así veréis que el palco destinado á la Prensa, en cualquier espectáculo, se llena hasta los topes de señores desconocidos para los periodistas y que se han metido allí á fuerza de desparrajo.

Ese caso lo notó el cronista en el Palacio de Bellas Artes y á propósito de los recientes conciertos dados en el gran salón por el maestro Beidler.

Esos conciertos Wagner, que sirven para hacer dormir á la mayoría de los oyentes (aunque ellos digan lo contrario), atraeron á la Exposición un contingente de curiosos notable.

¡Viste mucho hoy día oír á Wagner!

El gran salón, galerías y palcos llenáronse por completo. En todas partes había gente menos en las salas de cuadros. El cronista, pensando en su derecho, dirigióse al palco destinado á la Prensa á fin de oír algo de aquella música que, en verdad, tampoco entiende. ¡Vana ilusión! En aquel palco, que es bastante grande para albergar á todos los periodistas de Barcelona, no había ni uno solo; en cambio, estaba repleto de concurrencia *distinguida* que charlaba alegremente como en su casa. Algunos novios *flirteaban* acaramelados y entre ellos dos curas y dos sacristanes de parroquia desconocida se refocilaban conquistando á dos viejas tocadas con dos sombreros prehistóricos. ¡Era delicioso!

Preguntamos á un guardia urbano quiénes eran aquellos señores y no supo contestarnos satisfactoriamente.

A poco vimos entrar á un pintor bastante frescales de la familia de los Pellicer.

Tampoco tenía derecho al palco aquel; no obstante remolcaba á siete individuos entre señoras y caballeros, á los cuales, muy galante, como pudo les acomodó en sillas supletorias. El urbano decíanos:

—¿Ustedes conocen á esa gente como periodistas?



—Como continúe este tiempo vamos á convertirnos en animales acuáticos.

—Así viven tan contentas las sanguijuelas en la charca municipal.

—No, señor; pero puede que lo sean de la *Guía del Purgatorio*.

Los que, por desgracia, oficiamos de tales casi nos conocemos todos, porque el deber nos junta en distintos sitios frecuentemente. A esa gente que se titulan periodistas el día que hay un sitio cómodo disponible en algún sitio no les conozco nadie. Verdad es que tampoco hace falta. Para los que tienen la fea costumbre de entrometerse en todas partes sin derecho, lo mejor es que no les conozcan.

Son esos señores los que además siempre protestan de todo y les parece caro el abono de la Exposición de retratos y dibujos.

Un señor de esa clase muy serio y convencido me daba la razón no ha muchos días. Era en la misma Exposición. Se discutía aquello de si los carnets de abono deben servir ó no para las fiestas extraordinarias del Palacio de Bellas Artes.

Formábamos corro varios artistas individuos de la Junta de Bellas Artes, el aludido caballero y este cronista. El quejoso decía:

—¡Si no han de servir los abonos para esto, yo protesto! ¡A mí me cuesta diez pesetas!

—Caballero — le repliqué — ¿usted cree que el visitar esa importante Exposición libremente durante tres meses no vale las diez pesetas?

—No lo sé—dijo—; pero yo quiero los extraordinarios.

De modo que para esa gente el esfuerzo que representa reunir tantas preciosidades artísticas é



Srta. EMILIA MIRET

Aventajada pianista que el lunes último dió un concierto en el Ateneo Barcelonés. Es una de las más distinguidas alumnas de la Escuela Municipal de Música, en la que ganó el premio extraordinario.

históricas no vale nada. Ellos han pagado diez pesetas para durante tres meses tener un local donde reunirse y oír música de Wagner á diez céntimos la audición y de paso meterse de gorra en el palco de la Prensa.

¡Qué publiquito, señores!



CONSULTA

—Sí, querido doctor; yo estoy muy malo.
—¿Qué es lo que siente usted?

—No sé qué siento; pero estoy muy malo y, si esto dura, pronto será conmigo el Cementerio, porque yo de esta *doblo*.

—¡Hombre, no tanto! Creo que usted exagera.

—No exagero.
—Vamos á ver la lengua. Aquí no hay nada que denote que se halle usted enfermo. La tiene usted muy limpia.

—Porque sólo le suelo dar su natural empleo.

—Vamos á ver el pulso. ¡Inalterable! En el pulso tampoco nada observo que demuestre ese mal que usted supone y que por más que busco yo no encuentro.

¿Come usted bien?

—Lo mismo que un concejal dinástico.

—Eso es bueno.

¿Y qué tal duerme usted?

—Como si oyera

á Rodríguez San Pedro sobre el grave problema de los cambios pronunciar un discurso en el Congreso.

—¿.....?

—Pues de eso... lo corriente; quiero decir, lo que me pide el cuerpo.

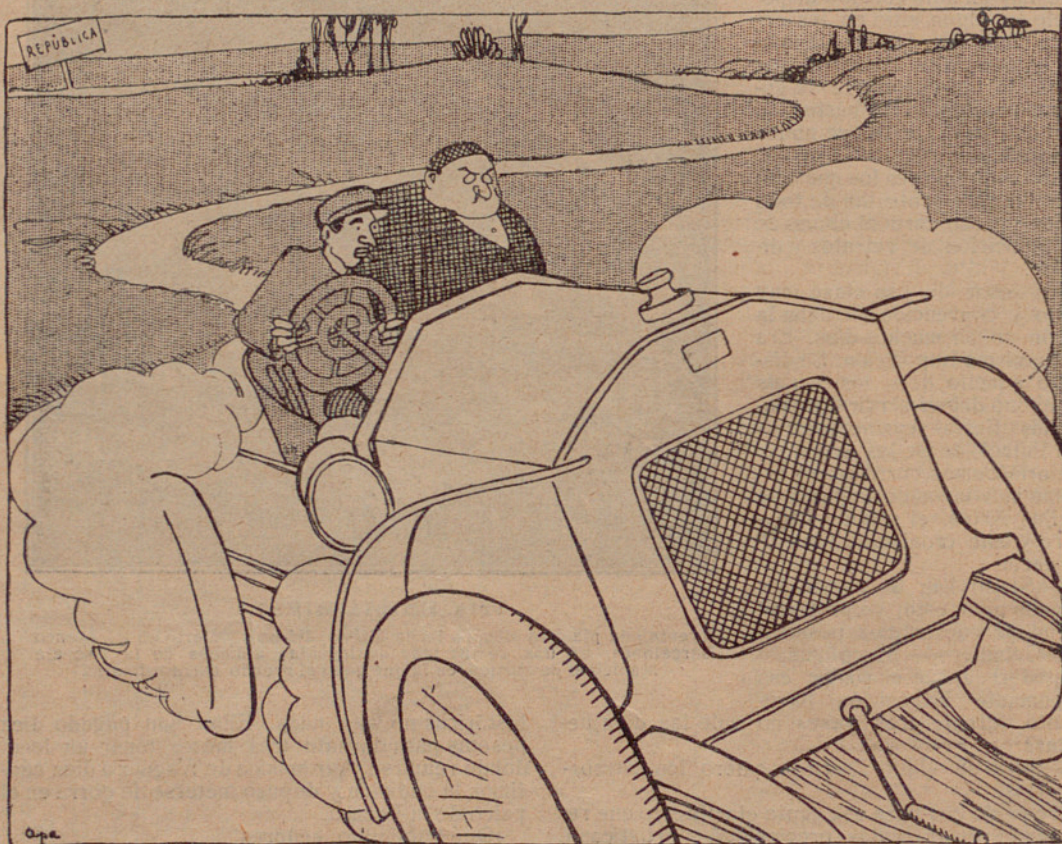
—Pues yo le juro á usted por la sagrada memoria de Esculapio y de Galeno y de don Pedro Mata,

que ha sido en Medicina mi maestro, que si usted está tan malo tendrá usted la dolencia muy adentro. Me parece que usted es un aprensivo

y un tanto neurasténico,
y á eso tal vez se deba únicamente
esa creencia de que está usted enfermo.
—No, querido doctor; yo estoy muy malo;
sin motivo ninguno me entristezco;
siempre estoy de un humor de mil demonios
y sólo horrores por doquiera veo.
Yo me marché á la corte decidido
á presenciar los mágicos festejos
que en honor del *islaro* provinciano
ha organizado aquel Ayuntamiento...
—¡Ni una palabra más! ¡Usted la *diña*!

Haga usted testamento;
despidase de deudos y de amigos;
pero pronto, muy pronto, pues sospecho
que, desgraciadamente,
tiene usted cuerda para poco tiempo
¡Después de ver las fiestas madrileñas
no tiene usted remedio,
aunque en ponerle bueno se empeñasen
los más famosos médicos!
¡Conque hasta el otro barrio, amigo mío!
¡Dios le acoja en su seno!

MANUEL SORIANO.



LA MARCHA DEL CAUDILLO.

Camino de la República.

AVENTURAS DE UNA CHINA

Allí, en aquel gabinetito apartado y misterioso, se podía creer el que tenía la dicha de visitarlo transportado al Celeste Imperio.

En un rincón, en el más oscuro, se oía de vez en cuando el crujir de la seda y, fijándose mucho, después que los ojos se hubieran acostumbrado á la tenue luz de aquella habitación, habría podido verse entre una nube de seda una cabecita pálida, de ojos grandes y ligeramente oblicuos, entornados como cuando la imaginación vuela lejos del recinto donde permanece el cuerpo.

Muy cerca de la dama ardía un pebetero formado por una serpiente de porcelana finísima, en cuya boca se abría una flor que servía de receptáculo al fuego.

Las vidrieras, en vez de cristales, tenían cuadrados de papel orlados de signos, ocupando el centro dragones azules de alas doradas.

Un velador de laca tan pequeño, que parecía un juguete sostenía un diminuto servicio de té.

Dejóse oír la campana de un reloj, otra á los pocos momentos y algunas más después y dos ó tres cajas de música al mismo tiempo lanzaron notas de distintas piezas musicales con tal discordancia que hubieran sido insoportables al haber sido las voces más sonoras; pero apenas turbaron el silencio; por otra parte, el desconcierto duró poco.

La dama irguió su diminuto cuerpo, se aproximó á un tocador que no se elevaba sobre el nivel del suelo más de un palmo, examinó, y colocó en fila multitud de pomos, tubos y cajitas y cuando todo estuvo dispuesto hizo sonar un disco de plata suspendido del techo, golpeándolo con una varilla de oro.

Ligera como una sombra apareció por entre los

Permaneció con Sybil hasta la media noche, reconfortándola y siendo reconfortado por ella.

Por la mañana, muy temprano, partió para Venecia, después de haber escrito á Mr. Merton una carta viril y llena de firmeza con motivo del ineludible aplazamiento del matrimonio.

IV

En Venecia encontró á su hermano lord Surbiton, que acababa de llegar de Corfú con su yate.

Los dos pasaron juntos quince días encantadores.

Por la mañana pasearon por el S. llo, deslizándose por los verdes canales con su larga góndola negra.

A medio día generalmente recibían visitas en el yate y por la noche cenaban cerca de Florian y fumaban después innumerables cigarros en la Piazza.

A pesar de todo, lord Arthur no era dichoso.

Diariamente leía en el *Times* a lista de muertos, esperando encontrar el nombre de lady Clementina; pero cada día sufría una decepción.

Llegó á temer que le hubiese sobrevenido cualquier accidente y le pesaba haberle impedido tomar la aconitina, cuando se había mostrado tan deseoso de experimentar sus efectos.

Las cartas de Sybil, bien que llenas de amor, de confianza y de ternura, estaban impregnadas de tristeza y algunas veces pensaba que su separación sería eterna.

Pasados quince días, lord Surbiton se cansó de Venecia y se resolvió á recorrer la costa hasta Rávena, porque había oído decir que hay mucha caza en el Pin-tum.

Lord Arthur rehusó por o pronto seguirle; pero Surbiton, que le quería mucho, logró persuadirle de que si seguía resistiendo en el hotel Danielli acabaría por morirse de aburrimiento, y el que hacía quince de los días que estaba en Venecia largaron velas con fuerte viento Noroeste y mar picada.

Pensó que casarse pesando sobre él el terrible *factum* de asesino sería una traición semejante á la de Judas, un crimen peor que cuantos soñaran los Borgias.

¿Qué felicidad podría existir para ellos si á cada momento podía ser llamado á realizar la espantosa profecía escrita en su mano?

¿Cuál sería su vida en tanto que estuviera sujeto á su fatal destino?

Era preciso retardar el matrimonio á toda costa.

Estaba completamente resuelto.

Aunque amaba ardientemente á la joven; aunque el solo contacto de sus dedos, cuando se hallaban sentados uno al lado del otro, le hiciera gozar la alegría más exquisita, reconoció perfectamente sus deberes y tuvo la plena conciencia de que no tenía el derecho de casarse con ella hasta que se hubiese cumplido su destino.

Realizado éste podría presentarse ante los altares con Sybil Merton y poner su vida en manos de la mujer que amaba sin temor á obrar mal.

Cumplido el decreto del hado podría estrecharla en sus brazos, sabiendo que nunca tendría que bajar la cabeza agobiada por el peso de su vergüenza.

Pero antes era preciso *hacer aquello* y hacerlo lo más pronto posible; sería lo mejor para ambos.

Muchos, en su situación, habrían preferido el sendero florido del placer á los escarpados montes del deber; pero lord Arthur era demasiado honrado para colocar el placer sobre los principios.

En su amor, Sybil representaba para él cuanto de bueno y de valia existe en el mundo.

Por un momento experimentó repugnancia contra la obra que estaba estinado á llevar á cabo; pero pronto se borró aquella impresión. Su corazón le decía que no era un crimen, sino un sacrificio, y su razón le recordaba que no había otra salida fuera de aquella.

Era preciso que eligiese entre vivir para sí mismo ó vivir para los otros; y, por terrible que fuera la carga que se imponía, sabía, sin embargo, que no debía dejar que el egoísmo triunfase del amor; más pronto ó más tarde, cada uno de nosotros está llamado á resolver el mismo problema; la misma cuestión se plantea para cada uno de nosotros.

Para lord Arthur se presentó en los albores de la vida, antes de que el cinismo manchara su carácter y de que su corazón fuese corrido por el egoísmo superficial y elegante de nuestra época, y no vació en el cumplimiento de su deber.

Felizmente para él, no era un simple soñador, un *atletante* ocioso. Si lo hubiera sido, habría dudado como Hamlet, dejando que la irresolución inutilizara sus designios; pero era un hombre práctico. Para él la vida era la acción más que el pensamiento.

Poseía ese don tan raro que se llama sentido común.

Las visiones crueles y violentas de la *soirée* de la víspera se habían borrado por completo y pensaba con vergüenza en su loca caminata de calle y en las emociones de aquellas terribles horas de agonía.

La misma sinceridad de sus sufrimientos los hacía pasar como inexistentes ante sus propios ojos.

Se preguntaba cómo había podido incurrir en la locura de declamar extravagantemente contra lo inevitable.

La sola cuestión que parecía turbarle era la del modo cómo llegaría al fin de su tarea, porque veía claramente que el asesinato, como las religiones del mundo pagano, exige una víctima del mismo modo que exige un sacerdote.

No siendo un genio, no tenía enemigos, y, por otra parte, sentía que no era aquella la ocasión de satisfacer rencores u odios personales; la misión de que se hallaba encargado era de una grande y grave solemnidad.

En consecuencia, escribió una lista de todos sus amigos y de sus parientes en una hoja del *block-notes* y, después de un cuidadoso examen, se decidió en favor de lady Clementina Beauchamp, una simpática señora anciana que habitaba en Curzon-Street y era prima suya en segundo grado por parte de su madre.

Había querido siempre a lady Clem, como la llamaba todo el mundo, y como por sí mismo era muy rico, por haber tomado posesión de la fortuna de lord Rugby, cuando entró en su mayor edad, no era posible que resultara para él a consecuencia de la muerte de aquella señora ninguna despreciable ventaja pecuniaria.

En realidad, cuanto más pensaba en ello más se conven-

—No, antes de una semana, á lo que creo. Ayer pasé muy mal día; pero esto nunca se sabe con precisión.

—¿Estáis, pues, segura de temer una de esas crisis antes de finalizar el mes?

—Lo temo. Pero ¡cuánto cariño me demostráis hoy, Arthur! Verdaderamente la influencia de Sybil os hace mucho mejor. Y, sin embargo, es preciso que os deje. Comeré con gentes graves y temo que si no duermo ahora un poco no seré capaz de mantenerme despierta durante la comida. Adios, Arthur. Testimoniad mi afecto á Sybil y gracias por vuestra medicina americana.

—¿No os olvidáis de tomarla?—dijo lord Arthur al marcharse.

—Seguramente que no lo olvidaré y os agradezco mucho que penséis en mí. Ya os escribiré y os diré si necesito más globulos. Lord Arthur abandonó apresuradamente la casa de lady Clementina, sintiéndose libre de un gran peso.

Por la noche tuvo una conferencia con Sybil Merton y le dijo que repentinamente se encontraba en una posición horriblemente difícil, ante la que ni el deber ni el honor le permitían retroceder. Añadió que era preciso retrasar el casamiento hasta que hubiese salido del embarazo en que se hallaba y que le privaba de su libertad.

La suplicó que tuviese confianza en él y que no dudara del porvenir. Todo marcharía perfectamente; pero era preciso tener paciencia.

La escena había tenido lugar en casa de Mr. Merton, en Park Lane, donde lord Arthur había comido como de costumbre.

Nunca le había parecido Sybil tan dichosa y por un momento pensó en obrar como un cobarde, escribiendo á lady Clementina con motivo del globulo y realizar el matrimonio como si no hubiese en el mundo un Mr. Podgers.

Sin embargo, triunfó su buen natural y no se dejó vencer por la debilidad, ni cuando Sybil se arrojó llorando en sus brazos.

La belleza, que hacía vibrar sus nervios, despertaba también su conciencia.

Pensaba que hacer naufragar una existencia tan hermosa por algunos meses de placer sería un proceder villano.

pliegues de una cortina de seda amarilla bordada con flores azules la doncella de confianza de Dbao-be-Sika, que con voz apenas perceptible dijo á su señora:

—¿Quiere permitir la Delicia del Sol que la más despreciable de las criaturas le arregle la incomparable cabellera y pinte sus celestiales facciones?

La dama hizo una señal afirmativa y la doncella, arrodillada á su lado, comenzó la complicada operación.

Pasó por el rostro de su señora pinceles y brochas, cuyas huellas difuminaba delicadamente con los dedos; pintó los bordes de sus ojos, dió un tinte nacarado á sus orejas y cuando la hubo dejado como un precioso bibelot de porcelana, procedió á la limpieza de las larguísimas uñas de las manos, acabando por lavar y perfumar los pies, no sujetos á la horrible deformación practicada en China.

Dbao-be-Sika era hija de La-o, mandarín que había desempeñado altos puestos diplomáticos en Europa, lo que había relajado un tanto su fanatismo chino, salvando los pies de su hija de la deformación impuesta por la costumbre.

Había sido esposa de Sao-ki-tang, alto funcionario que la había repudiado á poco de casarse por su desobediencia á los mandatos de su ilustre madre, pues en China desobedecer á la suegra constituye un verdadero crimen.

Este hecho determinó á la hermosa hija del Celeste Imperio á pedir á su padre la trajese á Europa, á lo que accedió el diplomático.

Volvió á casarse en Francia, esperando ser feliz con su brillante esposo, que era un oficial superior de dragones, cuyo uniforme, lleno de cordones, cintas, cruces y corazas, despertó en su tierno corazón una pasión volcánica, que se extinguió apenas contempló á su esposo sin uniforme; de paisano le resultaba horrible.

Se enamoró de un atleta callejero, convencida de que no había trampa en sus desarrolladas formas varoniles, y le invitó á visitarla en su precioso gabinete azul de la serenidad perfecta.

Pidió perdón á la sombra de sus antepasados por lo que ofendía su grandeza con aquel amor, y suponiéndolos enojados, quemó en su honor un puñado de rodajitas de papel dorado que representaban monedas, con lo cual pensó muy acertadamente que se darían por satisfechos.

El que no lo estuvo cuando supo la inocente aventura fué el capitán Langueroc, que se apresuró á entablar la demanda de divorcio.

La pudorosa damita creyó conveniente alejarse de París hasta que se olvidara su aventura, y se vino á pasar una temporada en España.

No tardó mucho en apreciar el carácter apasionado y soñador de los españoles y se consoló lo mejor que pudo de los disgustos que la habían proporcionado sus maridos y hasta de la ausencia de su atlético tíjiritero.

Instaló su gabinete azul de la tranquilidad perfecta y dió rienda suelta á su imaginación, que no por eso corrió muy rápidamente.

La coleta de un torero la hizo recordar la patria ausente y quiso explicar al poseedor de tal apéndice los misterios de aquella trenza, que llevaba sin conocer su importancia, casi con tanta inconsciencia como muchos doctores chinos y europeos llevan el birrete.

El torero tomó en serio aquellos amores y quiso casarse con la pudibunda Dbao-be-Sika; pero la joven rechazó la proposición por una razón indestructible. ¡En España no existe el divorcio!

Además, para casarse con un hombre de coleta no valía la pena de haber disgustado á su primera suegra.

Durante aquellos días su padre había disgustado al Hijo del Cielo, que lo llamó á su presencia con el objeto de hacerle arrancar la piel por haberse enterado de que había dicho que el macho era superior á la hembra, lo que constituía una blasfemia contra Osiris.

La hermosa Dbao-be-Sika quedó huérfana porque su padre prefirió abrirse el vientre con sus propias manos á que lo despellejaran los esclavos de su celeste emperador. Volvió á Francia, recogió lo que su padre había dejado, y se volvió á China.

¿Cómo se las compuso para obtener el perdón de su suegra y el amor de su esposo?

Tal vez porque lo mismo en China que en todas partes el arrepentimiento abre las puertas del perdón.

Y Dbao-be-Sika volvía á los brazos de su esposo corregida... y aumentada.

J. AMBROSIO PÉREZ.

EL MÚSICO CIEGO

«Desde que la luz le abandonó, guardó dentro de su alma un riquísimo tesoro de las cosas vistas y de ellas vive.»

TENNYSON.

Muy pocas personas se han detenido á considerar el doloroso poema que encierra la figura del músico ciego. Cuando los veo, me paro, medito y, por vulgar que sea su música, siento mi alma bañada por placida emoción.

Su ademán y postura tiene algo del hieratismo sagrado de las estatuas de los templos. Como ellas, están inmóviles, y, como ellas, sus ojos sin luz permanecen fijos, haciendo daño al que los contempla.

La mirada del ciego pesa más que la de los vivos; no nos ve su globo apagado, pero se fija y cae sobre nosotros y, sin darnos cuenta, sentimos una vaga angustia, la sensación de que alguien escudriña nuestra alma y penetra en los pliegues

de nuestro corazón. La potencia óptica que perdieron aquellos ojos muertos parece haberse trocado en un fluido poderoso dotado de la virtud de penetrar á la materia y leer en el espíritu. Haced la experiencia cuando habléis con un ciego; mirad aquellos párpados marchitos, aquella córnea muerta, y en seguida tendréis que apartar de ellos vuestra mirada. Siéntese la impresión de que el ciego nos ve demasiado y que nada se le oculta de lo que pasa en nuestro interior.

Lo cierto es que los ciegos emiten sobre las personas y las cosas unos juicios maravillosos. No ha visto á los sujetos á su estudio, se le han escapado sus gestos, sus ademanes; pero no importa, le ha oído, y eso basta. En sus palabras, en los delicadísimos matices de la voz que se escapan á los que vemos, el oído exquisito del ciego, como en el análisis espectral de un astro lejano, recoge el ciego todo lo que se oculta bajo el velo de los sonidos, que para él no tiene misterios,

LAS FIESTAS DE BARCELONA



El notable Orfeón Donostiarra, de San Sebastián, que visitará á Barcelona en la primera quincena de Junio.

y reconoce sin error la nobleza, la sinceridad, la mentira y la hipocresía de los que hablan. ¿En qué lo conoce? ¿Qué le sirve de clave para descubrir las cualidades morales de los hombres? El mismo no sabría decírnoslo, pero las conoce. Al huir la luz de sus ojos se le dotó en compensación del arte mágico de descifrar los sonidos.

El ciego es músico por predisposición natural de su ánimo, aunque no sepa tañer ningún instrumento. Es músico aunque su boca esté cerrada y sus manos inertes. No hay quien tenga una percepción más refinada y artística de la música que los ciegos. El penetra mejor que nadie sus maravillas, saborea sus impresiones, analiza su emo-

ción dulcísima y abarca los mundos que surgen en la fantasía á la evocación de los sonidos. Su comunicación de visualidad con el mundo externo es el cincel que labra las filigranas delicadísimas de su sensibilidad. Su obra de perfeccionamiento incesante es interna; el ciego mira *adentro* de sí, se pone mejor que nosotros en contacto con su alma, aliviado del lastre de la imagen corpórea; es un hombre de vida *interior* para el cual reservan el arte y la sensibilidad todas sus exquisiteces, todas sus maravillas.

¿Quién puede sondear en el alma de un ciego que es músico? Nos quedaríamos asombrados si pudiéramos seguir el gigantesco vuelo de sus en-



La copla aragonesa que toma parte en los concursos de bailes regionales españoles que se celebran en esta ciudad.

LAS FIESTAS DE BARCELONA



Llegada del aplaudido Orfeo Tarragoní.

sueños por espacios de nosotros ignorados....

Te contemplo, músico ciego, y te admiro....
Para mí vales lo mismo, ora tus manos manejen
un tosco y sencillo instrumento, ora el arte ins-
criba tu nombre en su libro de oro. Tú sabes llo-
rar mejor que nosotros; tú haces vibrar las emo-
ciones más intensas en las cuerdas de tu violín, á
las que dotas de alma y corazón, transmitiendo á
los espíritus de los que te escuchan ondas lumi-
nosas de dulce melancolía, que unas veces son
dejos amargos de desengaños pasados, otras sal-

picaduras de brillante júbilo y muchas rumores
de besos, humedad de lágrimas de cosas que fue-
ron, que estaban sepultadas en el fondo de nues-
tro sér, y que á la evocación mágica de tu música
han vuelto á surgir entre gasas de luz y de vida,
bañando toda nuestra alma en la plácida nostal-
gia de las emociones sentidas cuya huella, apenas
perceptible, sólo tú, músico ciego, sabes encon-
trar y descubrir....

FRAY GERUNDIO.



Parejas de bailarines valencianos.

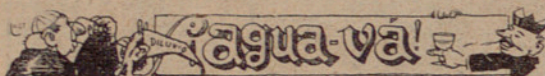
EL OBRERO

El rudo esfuerzo su potencia agota,
su vida con la amargura se diluye
y de sus manos la riqueza fluye
por derramar su sangre gota á gota.

El látigo sangriento que le azota
es el único libro que le instruye,
y él, en su ignorancia, quien construye
la cadena brutal que le agarrota.

El falrica el puñal que le asesina,
para que le envenenen presta el jugo,
él es la fuerza y otro le domina,
es un mártir sostén de su verdugo
y envilecido entre el dolor camina
porque es obrero de su propio yugo.

J. A. P.



El romanonista Forgas ha sido elegido senador.
Y á fe que el acta por poco le cuesta un lance
con el diminuto Tort y Martorell... dando por sen-
tado que uno y otro fueran capaces de desafiarse.

Parece ser que Tort, al enterarse de que había
triunfado Forgas, exclamó despechado:

—¡Lo que puede una levita!

Refiriéndose, sin duda, á la prenda de este género
que el hoy senador prestó á Romanones para que
asistiera al entierro de Verdager.

Y la frascita, llegada á sus oídos, parece que ha
molestado á Forgas.

Porque es lo que el hombre dice:

—En política cada uno se vale de sus méritos. Y
los míos no sé por qué han de ser entregados á la
publicidad...

Y á propósito de senadores. Se dice que uno de
los elegidos por la provincia de Barcelona está con-
cursado y no podrá justificar las necesarias rentas.
¡Le acompañamos en su sentimiento!

Continúan agnándose las fiestas.

Una lluvia tan insistente y tan perjudicial es im-
propia de la presente estación.

Apostaría doble contra sencillo á que el Instituto
Agrícola Catalán de San Isidro ha hecho rogativas.
Y á que la munificencia de los santos ha colmado
los deseos de los peticionarios!

Pasó á la Historia el cometa
con su inofensivo rabo.
El solo ha sido la víctima
del suicida italiano
que con maletín y bomba
la muerte civil le ha dado.
Los españoles, que antes
no hablaban más que del astro,
haciendo mil conjeturas
sobre su apéndice largo,
y discutiendo si estaba
ó no vivo y coleando,
en el hecho de Torigia
han hallado un tema vario.
Si el jorobado llevaba
calzones finos ó bastos,
si usaba gafas ahumadas
ó unos lentes baratos,
si tenía un apetito
terrible, desordenado,
comparable al que usar suele
Angel Ossorio Gallardo;
si su joroba era apócrifa
y si se habría curado
con un emplastro sencillo
de tal ó de cual cerato;
si tuvo ó no una querida;
si la dedicó á trabajos,
faenas ó menesteres
por ella no acostumbrados...

Estas son las cien cuestiones
que hoy apasionan los ánimos
de más de doce millones
de españoles mal contados
que del cometa y su cola
ni recuerdo han conservado.
"Poco espanta, mucho amansa",
dice un refrán castellano,
refrán que puede aplicarse
muy justamente á este caso.
En Madrid por una bomba
todos muéstranse alarmados...
mientras que aquí más de ciento
no han alterado los ánimos.

Los redactores de *La Rebeldía*, que son fieros co-
mo rifeños, juraron no comer judías hasta dejar hue-
llas de sus dientes en los despejados cogotes de los
redactores del semanario *La Forja*.

Conocida la pasión que á los jóvenes rebeldes ins-
piran las judías, ¡uelga decir que tomar tal resolu-
ción y encaminarse precipitadamente á la Redac-
ción del semanario adversario fué otra de un mo-
mento.

Pero... no hay que alarmarse, caballeros. Sin duda
durante el trayecto se le ocurrió á alguno de los ju-
ramentados que sin muelas les sería difícil comer
judías; y entre comerlas por cumplir el juramento ó
dejarlas de comer por falta de molares é incisivos,
optaron por lo primero.

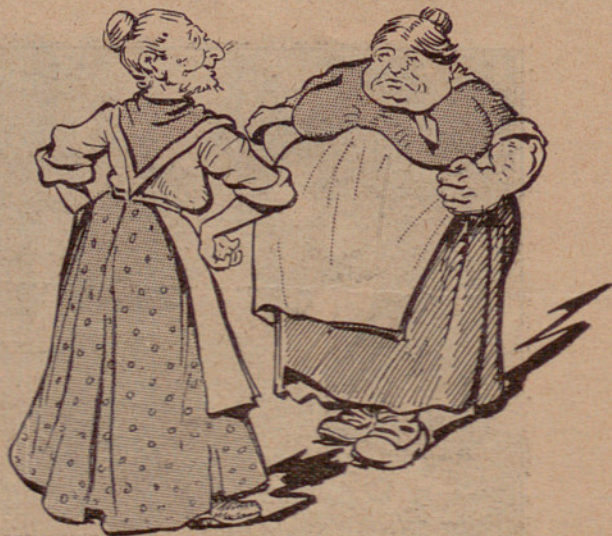
Y así todo se redujo á un pequeño escándalo, sin
más consecuencias que una ligera visita á la Dele-
gación de policía del distrito.

Muy bien por la reflexión
de los de *La Rebeldía*,
que tienen la abnegación
de despreciar la judía.

La Veu de Catalunya arremete contra el alcalde
porque éste ha ordenado que se prohíba el tránsito
rodado y de caballerías por el arroyo central del pa-
seo de Gracia durante las horas de iluminación del
mismo. La democrática prohibición tiene por objeto
garantir la seguridad de los muchos ciudadanos que
durante aquellas horas discurren por el citado arro-
yo solazándose con el bonito aspecto de la ilumina-
ción.

¿No le parece bien á *La Veu* la acertada disposi-
ción del señor Roig y Bergadà?

¡Vaya, cualquiera diría,
ateniéndose á los hechos,
que la prohibición atañe
á la gente de *La Veu*!



¿Las creéis dos anarquistas por la postura?
¡Pues son dos inocentes amas de cura!

tas molestias para casarse. En mis tiempos no nos preocupábamos de esa manera por un asunto de esa especie.

—Os aseguro que hace veinticuatro horas que no he visto á Sybil. Por ahora pertenece completamente á sus costureras.

—¡Pardiez! Esa es la razón de que vengáis á la casa de una mujer fea y vieja como yo. Me admiro de que vosotros, los hombres, no sepáis tomar la licencia *Ou à fait des folies pour moi* y héme aquí ahora hecha una pobre criatura reumática. Y bien; si no fuera por mi querida lady Jansen, que me envía las peores novelas francesas que encuentra, no sé cómo podría matar el tiempo. Los médicos no sirven más que para cobrar honorarios á sus clientes; pero su ciencia no alcanza á curar mi mal de estómago.

—Yo os traigo un remedio, lady Clem—dijo gravemente lord Arthur—. Es un medicamento maravilloso inventado por un americano.

—No creo ser aficionada á los inventos americanos; hasta estoy segura de aborrecerlos. He leído últimamente algunas novelas americanas y eran verdaderas locuras.

—En esto no caben locuras, lady Clem. Os aseguro que es un remedio radical. Es preciso que me prometáis ensayarlo.

Diciendo estas palabras, lord Arthur sacó de su bolsillo la bombonera y la ofreció á lady Clementina.

—Es una bombonera deliciosa, Arthur. Es un verdadero regalo, lo que es muy fino por vuestra parte... Y he aquí el remedio maravilloso... Tiene todo el aspecto de un *bombón*.

Voy á tomarlo inmediatamente.
—¡Dios del cielo, lady Clem!—gritó lord Arthur sujetándole la mano—. Es una medicina homeopática y si la tomáis sin estar mala no os hará ningún beneficio. Esperad á tener una crisis y entonces recurrir á ella. Quedaréis sorprendida del resultado.

—Me habría gustado tomarla ahora mismo—dijo lady Clementina mirando á través de la luz la pequeña cápsula transparente con su núcleo flotante de aconitina líquida—. Estoy segura de que será deliciosa. Os lo confieso, detestando á los médicos, adoro las medicinas; sin embargo, la guardaré hasta mi próxima crisis.

—¿Y cuándo sobrevendrá esa crisis?—preguntó lord Arthur con apresuramiento—. ¿Será muy pronto?

cía de que lady Clem era la persona que convenía elegir, y, pensando que toda demora era una mala acción respecto á Sybil, se resolvió á ocuparse seguidamente de sus preparativos.

Lo primero que había que hacer era liquidar con el quironómico.

Sentóse ante una elegante mesita de Sheraton que había ante una ventana y llenó un cheque de cien libras, pagadero á la orden de Mr. Septimus Podgers. Después, metiéndolo en un sobre, ordenó á un criado que lo llevara á West-Moon-Street.

Telefonó seguidamente á sus cocheros que engancharan un cupé y se vistió para salir.

Cuando salió de su habitación dirigió una mirada á la fotografía de Sybil Merton y juró que, sucediera lo que quisiera, la dejaría ignorar siempre lo que hacía por su amor y que guardaría el secreto de su sacrificio perpetuamente sepultado en el fondo de su corazón.

En su ruta para Buckingham Club se detuvo ante el puesto de una florista y envió á Sybil un hermoso ramo de narcisos de bonitos pétalos blancos y de pistillos semejantes á ojos de faisán.

Cuando llegó al Club fué directamente á la biblioteca, tocó el timbre y pidió al camarero una gaseosa y un libro de Toxicología.

Había decidido que adoptaría el veneno como el mejor medio para realizar el crimen fata'. Nada había tan desagradable para él como un acto de violencia personal, y, además, no quería matar á lady Clementina por un medio que atrayese sobre él la atención pública, porque le horrorizaba la idea de convertirse en el héroe del día en la tertulia de lady Windermere ó la de ver figurar su nombre en las gacetas de los diarios.

Había también que tener en cuenta el carácter de los padres de Sybil, que pertenecían á un mundo anticuado y que podrían oponerse al matrimonio si sucedía algo que se asemejara siquiera á un escándalo, á pesar de que estaba seguro de que si les daba conocimiento de todos los hechos de la causa serían los primeros en apreciar los motivos que determinaban su conducta.

Tenía, pues, razón sobrada para decidirse por el veneno. No tenía peligro y era seguro y silencioso. Se evitaban esce-



nas penosas, por las que sentía, como todos los ingleses, una aversión invencible.

Sin embargo, la ciencia de los venenos le era absolutamente desconocida, y como el camarero parecía incapaz de encontrar en la biblioteca otras obras que el *Ruffs Guide* y el *Ba y's Magazine*, examinó por sí mismo las estanterías, cargadas de libros, y acabó por tomar una edición muy bien encuadernada de la *Farmacopea* y un ejemplar de la *Toxicología* de Erskine, editada por Mathew Reid, presidente del Colegio real de médicos y uno de los más antiguos miembros del Buckingham-Club, del que, por una equivocación, había sido elegido presidente.

Lord Arthur quedó desconcertado por la toxicología de lenguaje de aquellos libros.

Se lamentaba de no haber prestado más atención á sus estudios de Oxford, cuando en el segundo volumen de Erskine encontró una exposición muy interesante y completa de las propiedades del acónito escrita en el inglés más claro. Le pareció que aquel era el veneno que necesitaba.

Sus efectos eran pronto, casi inmediatos.

No causa dolores y tomados bajo la forma de una cápsula de gelatina, modo de empleo recomendado por sir Mathew, no tenía nada de desagradable para el paladar.

Por todas estas razones tomó nota en el puño de su camisa de la dosis necesaria para ocasionar la muerte, volvió á poner los libros en su lugar y subió por Saint-James Street hasta la casa de Pestle et Humbey, los grandes farmacéuticos.

Mr. Pestle, que siempre servía personalmente á los clientes aristocráticos, quedó muy sorprendido de la petición, hecha en un tono muy deferente, y murmuró algo referente á la necesidad de la receta de un médico para entregar aquella sustancia.

Sin embargo, tan pronto como lord Arthur le hubo explicado que era para administrárselo á un gran perro de Noruega del que se veía obligado á deshacerse porque presentaba síntomas de rabia y había intentado dos veces morder á su cochero en la parrilla, quedó plenamente satisfecho y felicitó á lord Arthur por su admirable conocimiento de la Toxicología, y preparó inmediatamente la prescripción.

Lord Arthur metió la cápsula en una bonita bombonera de plata que compró en una tienda de Bond Street, tiró la caja tea y ordinaria que le habían dado en casa de Pestle et Humbey y marchó directamente á casa de lady Clementina.

—Y bien, mal sujeto—exclamó la anciana señora al verle aparecer en su salón—, ¿por qué no habéis venido á verme durante tanto tiempo?

—Mi querida lady Clem, no tengo un momento mío—contestó lord Arthur sonriendo.

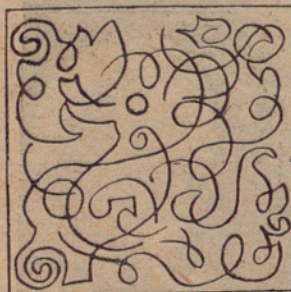
—Supongo que queréis decir que pasáis los días enteros al lado de Sybil Menton, comprando trapos y diciendo tonterías. No puedo comprender por qué las gentes se toman tan-



ESPERANDO AL COMETA.—Los astrónomos de la Puerta del Sol.

QUEBRADEROS DE CABEZA

Rompecabezas con premio de libros



Búsquese la manera de que, sin recortar el dibujo, aparezcan como unidos todos esos pedazos de tor. al.

Rojo, Bienvenido Llorens, José Fitó, José Pallarés, Juan Pedrerol y Ramón Sirerol.

ACRÓSTICO

De José Canudas

	0	E	0	0	0	0
		L	0	0	0	
0	0	0	0	0	D	0
		0	0	I	0	0
		0	0	L	0	0
			0	U	0	0
	0	0	0	V	0	
	0	0	0	I	0	
0	0	0	0	0	0	0

Sustitúyanse los ceros por letras de modo que horizontalmente se lean nombres de provincias españolas.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 14 de Mayo.)

A LA CHARADA
CON PREMIO DE LIBROS

A. E. I. O. U.

A LOS LOGOGRIFOS NUMÉRICOS
Carmen
Nicolas

AL ANAGRAMA
Balconera—Barcelona

Han remitido soluciones.—A la charada con premio de libros: Josefa Soler, Ramón Espinosa, Ricardo Rojo, Delfín de la Torre, Juanito Victoriano, Francisco Carré, N. Perbellini, J. M. Kuroki, R. J. Gallissá, José González, Mariano Poch, Antonio Agulló, Martín Gili, Enrique Pedret, Agustín Astol, Francisco Carbacho Portela, Bienvenido Llorens, R. F. F., J. Escudé y José Fitó.

Al primer logogrifo numérico: Josefa Soler, José Pallarés, Mariano Poch, Jaime Tolrá, Ricardo Rojo, Delfín de la Torre, Manuel Tató, José Montar (a) Miro, Baltasar Gisbert, Francisco Carbacho Portela, Francisco Carré, Bienvenido Llorens, José Fitó y José Tosqueillas.

Al segundo logogrifo numérico: Josefa Soler, Pedro Mas (Premiá de Mar), José Pallarés, Ramón Espinosa, N. Perbellini, José González, Gonzalo García, Ricardo Rojo, Delfín de la Torre, Gregorio Arruga, Manuel Tató, José Montar, Salvador Gisbert, Francisco Carbacho Portela, Francisco Carré, Bienvenido Llorens, José Toqueillas, R. F. F. y José Fitó.

Al anagrama: Josefa Soler, Ricardo Rojo, Bienvenido Llorens, José Fitó, José Pallarés, Juan Pedrerol y Ramón Sirerol.

HERPÉTICOS

Tened la seguridad de curar vuestras dolencias, tanto internas como de la piel, por graves y crónicas que sean, si nos consultáis y usáis nuestro tratamiento exclusivo

40 AÑOS DE ÉXITO 40

TUBERCULOSOS

CATARROS BRONQUIALES - ANÉMICOS

NEURASTÉNICOS

Los desahuciados no desesperéis de vuestro alivio hasta haber probado nuestro tratamiento especial y exclusivo

CURARÉIS SI NOS CONSULTÁIS Á TIEMPO

VÍAS URINARIAS

• Debilidad genésica, enfermedades sexuales, post humorales, (Curación rápida, segura y definitiva.)

Clínica C. CROUS

Director propietario Dr. Casasa Crous

En breve, inauguración de modernos aparatos de electroterapia, fototerapia, sismoterapia é inhalaciones.

Dosimetría gratis

en las horas de consulta especial, mañana, de 11 á 2, y tarde, de 6 á 7. Consulta clílica de 8 á 10 noche, todos los días laborables.

CARMEN, 56, pral., BARCELONA

PÍDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.



ROP XARRIE

ESPECÍFICO SIN RIVAL
para la curación radical de los

HERPES

tanto los **internos** como los **externos** ó de la piel, por graves y crónicos que sean, sin debilitar al enfermo.

40 AÑOS DE ÉXITO, 40

De venta en todas las bien surtidas farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

JARABE VERDÚ Demulcente, cura petismo; Escrofulismo; Llagas piernas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — Escudillers, 22, Barcelona.

HISTOGENICO "PUIG JOFRE"

Tratamiento racional y curación radical de las enfermedades constitutivas: **TUBERCULOSIS**, anemia, neurastenia, escrófula, linfatismo, diabetes, fosfaturia, etc. De indiscutible eficacia en las «fiebres agudas» y en las llamadas **FIEBRES de BARCELONA**.

Venta en todas las farmacias, droguerías y centro de especialidades.

Agentes exclusivos en España:
J. URIACH Y C.
Moncada, 20. — Barcelona.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES





BODA CACIQUISMO - LLIGA. — ¡ Dará gusto ver la prole !